

(abril 2014)

LA TIERRA SE ESTÁ MURIENDO. Por una cultura ecológica.

“El crecimiento tiene límites. La Tierra se está muriendo” se oyó proclamar en el Club de Roma en 1972. Los recursos de la tierra (materias primas, fuentes de energía) son limitados. El paradigma de los últimos 400 años ha consistido en la agresión y el pillaje sistemático, planificado y organizado de la naturaleza para extraerle todo lo posible en nuestro beneficio. Un modelo que no fue puesto en cuestión hasta entonces.

Hoy hablamos de “crisis ecológica”. Una crisis que constituye uno de los problemas más serios que se ciernen sobre la humanidad. Hemos explotado la naturaleza pensando que era inagotable. Actuar de espaldas a ella ha traído y trae perjuicios irreversibles a escala mundial. Preocupa la disminución de materias primas, el problema de los residuos, el aumento de la contaminación, la desertización, el “cambio climático...” El ser humano ha desencadenado transformaciones sin precedentes en el planeta Tierra, con previsibles efectos adversos para las poblaciones empobrecidas, las generaciones futuras y el resto de seres vivos. El problema ecológico es ante todo un problema antropológico, al hundir sus raíces en la orientación de la vida del ser humano.

Crecimiento económico, desarrollo social y protección ambiental no pueden tratarse de forma aislada. Una decisión sobre cualquiera de ellas implica a los demás. Desde la centralidad de la dignidad de la persona, hay que llegar también al reconocimiento de la dignidad de la tierra. Si la dignidad de la persona funda los derechos humanos, el reconocimiento de la dignidad de la tierra, de todo lo creado, de la naturaleza ha de fundar los derechos ecológicos. No podemos reconocer únicamente a la naturaleza un valor instrumental. La Naturaleza tiene reglas que deben ser respetadas.

guía de lectura y diálogo

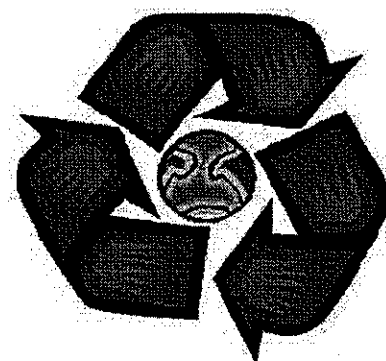
1. ¿Es la llamada “cuestión ecológica” una preocupación nuestra? ¿Y para las personas con las que convivimos? ¿Lo es para las instituciones sociales, políticas, económicas que “gobiernan” nuestro mundo? Señalamos algunos hechos.



2. ¿Creemos que es posible un desarrollo “sostenible”? ¿La fe cristiana, la Doctrina Social de la Iglesia nos aporta alguna novedad a la hora de entender nuestra relación con la naturaleza? ¿Tiene alguna relación con la defensa de los más desfavorecidos?



3. ¿Qué podemos hacer a nivel personal, familiar, social, eclesial para crecer en responsabilidad hacia la naturaleza? ¿Qué gestos podemos introducir en nuestro estilo de vida?





TEXTOS DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Octogesima Adveniens (OA)

Carta apostólica en ocasión del 80º aniversario de la encíclica *Rerum Novarum*.
Pablo VI.

1971

21. Mientras el horizonte de hombres y mujeres se va así modificando, partiendo de las imágenes que para ellos se seleccionan, se hace sentir otra transformación, consecuencia tan dramática como inesperada de la actividad humana. Bruscamente, la persona adquiere conciencia de ella; debido a **una explotación inconsiderada de la naturaleza**, corre el riesgo de destruirla y de ser a su vez víctima de esta degradación. No sólo el ambiente físico constituye una amenaza permanente: contaminaciones y desechos, nuevas enfermedades, poder destructor absoluto; es el propio colectivo humano el que la persona no domina ya, creando de esta manera para el mañana un ambiente que podría resultarle intolerable. Problema social de envergadura que **incumbe a la familia humana toda entera**.

Sollicitudo Rei Socialis (SRS)

Carta encíclica al cumplirse el 20º aniversario de la *Populorum Progressio*.
Juan Pablo II.

1987

34. El carácter moral del desarrollo no puede prescindir tampoco del respeto por los seres que constituyen la naturaleza visible y que los griegos, aludiendo precisamente al orden que lo distingue, llamaban **el «cosmos»**. Estas realidades exigen también respeto, en virtud de una triple consideración que merece atenta reflexión.

La primera consiste en la conveniencia de tomar mayor conciencia de que no se pueden utilizar impunemente las diversas categorías de seres, vivos o inanimados —animales, plantas, elementos naturales— como mejor apetezca, según las propias exigencias económicas. Al contrario, conviene tener en cuenta la naturaleza de cada ser y su mutua conexión en un sistema ordenado, que es precisamente el cosmos.

La segunda consideración se funda, en cambio, en la convicción, cada vez mayor también de **la limitación de los recursos naturales**, algunos de los cuales no son, como suele decirse, renovables. Usarlos como si fueran inagotables, con dominio absoluto, pone seriamente en peligro su futura disponibilidad, no sólo para la generación presente, sino sobre todo para las futuras.

La tercera consideración se refiere directamente a **las consecuencias de un cierto tipo de desarrollo sobre la calidad de la vida** en las zonas industrializadas. Todos sabemos que el resultado directo o indirecto de la industrialización es, cada vez más, la contaminación del ambiente, con graves consecuencias para la salud de la población.

Una vez más, es evidente que el desarrollo, así como la voluntad de planificación que lo dirige, el uso de los recursos y el modo de utilizarlos no están exentos de respetar las exigencias morales. Una de éstas impone sin duda límites al uso de la naturaleza visible. El dominio confiado al hombre por el Creador **no es un poder absoluto**, ni se puede hablar de libertad de «usar y abusar», o de disponer de las cosas como mejor parezca.





Centesimus Annus (CA)

Carta encíclica en el centenario de la Rerum Novarum. Juan Pablo II.

1991

37. Es asimismo preocupante, junto con el problema del consumismo y estrictamente vinculado con él, la cuestión ecológica. El hombre, impulsado por el deseo de tener y gozar, más que de ser y de crecer, **consume de manera excesiva y desordenada** los recursos de la tierra y su misma vida. En la raíz de la insensata destrucción del ambiente natural hay un error antropológico, por desgracia muy difundido en nuestro tiempo. El hombre, que descubre su capacidad de transformar y, en cierto sentido, de «crear» el mundo con el propio trabajo, olvida que éste se desarrolla siempre sobre la base de la primera y originaria donación de las cosas por parte de Dios. Cree que puede disponer arbitrariamente de la tierra, sometiéndola sin reservas a su voluntad como si ella no tuviese una fisonomía propia y un destino anterior dados por Dios, y que el hombre puede desarrollar ciertamente, pero que no debe traicionar. En vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación, el hombre suplanta a Dios y con ello provoca la rebelión de la naturaleza, más bien tiranizada que gobernada por él.

Esto demuestra, sobre todo, mezquindad o estrechez de miras del hombre, animado por el deseo de poseer las cosas en vez de relacionarlas con la verdad, y **falta de aquella actitud desinteresada, gratuita, estética que nace del asombro por el ser y por la belleza que permite leer en las cosas visibles el mensaje de Dios invisible que las ha creado.** A este respecto, la humanidad de hoy debe ser consciente de sus deberes y de su cometido para con las generaciones futuras.

Mensaje para la celebración de la XLI Jornada Mundial de la Paz

Benedicto XVI.

2008

8. Es fundamental «sentir» la tierra como **«nuestra casa común»** y, para ponerla al servicio de todos, adoptar la vía del diálogo en vez de tomar decisiones unilaterales. Si fuera necesario, se pueden aumentar los ámbitos institucionales en el plano internacional para afrontar juntos el gobierno de esta «casa» nuestra; sin embargo, lo que más cuenta es lograr que madure en las conciencias la convicción de que es necesario colaborar responsablemente. Los problemas que aparecen en el horizonte son complejos y **el tiempo apremia**. Para hacer frente a la situación de manera eficaz es preciso actuar de común acuerdo. Un ámbito en el que sería particularmente necesario intensificar el diálogo entre las Naciones es el de la gestión de los recursos energéticos del planeta. A este respecto, se plantea una doble urgencia para los países tecnológicamente avanzados: por un lado, **hay que revisar los elevados niveles de consumo** debidos al modelo actual de desarrollo y, por otro, predisponer inversiones adecuadas para diversificar las fuentes de energía y mejorar la eficiencia energética. Los países emergentes tienen hambre de energía, pero a veces este hambre se sacia a costa de los países pobres que, por la insuficiencia de sus infraestructuras y tecnología, **se ven obligados a malvender los recursos energéticos que tienen.** A veces, su misma libertad política queda en entredicho con formas de protectorado o, en todo caso, de condicionamiento que se muestran claramente humillantes.

Evangelii Gaudium (EG)

Exhortación apostólica sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual.

Francisco.

2013

215. Hay otros seres frágiles e indefensos, que muchas veces quedan a merced de los intereses económicos o de un uso indiscriminado. Me refiero al conjunto de la creación. Los seres humanos no somos meros beneficiarios, sino custodios de las demás criaturas. Por nuestra realidad corpórea, Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno, y podemos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación. **No dejemos que a nuestro paso queden signos de destrucción y de muerte** que afecten nuestra vida y la de las futuras generaciones.



REZAMOS

(Gn 1,1. 26-31)

“En el comienzo de todo, Dios creó el cielo y la tierra. La tierra no tenía entonces forma alguna; todo era un mar profundo cubierto de oscuridad, y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas... Ahora hagamos al hombre. Será semejante a nosotros, y tendrá poder sobre los peces, las aves, los animales domésticos y los salvajes, y sobre los que se arrastran por el suelo”. Cuando Dios creó al hombre, lo creó semejante a Dios mismo. Hombre y mujer los creó, y les dio su bendición: “Tened muchos, muchos hijos; llenad el mundo y gobernadlo; dominad sobre los peces, las aves y todos los animales que se arrastran”. Después les dijo: “Mirad, yo os doy todas las plantas de la tierra que producen semilla, y todos los árboles que dan fruto. Todo eso os servirá de alimento. Pero a los animales salvajes, a los que se arrastran por el suelo y a las aves, les doy la hierba como alimento”. Así fue, y Dios vio que todo lo que había hecho estaba muy bien.

EL CÁNTICO DE LAS CRIATURAS SAN FRANCISCO DE ASÍS

— *Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.
A ti solo, Altísimo, corresponden,
y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.*

* *Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano sol,
el cual es día, y por el cual nos alumbras.
Y él es bello y radiante con gran esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.*

— *Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas,
en el cielo las has formado luminosas y preciosas y bellas.*

* *Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustento.*

— *Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.*

* *Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual alumbras la noche,
y él es alegre y robusto y fuerte y bello.*

— *Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna,
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba.*

* *Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor,
y soportan enfermedad y tribulación.
Bienaventurados aquellos que las soporten en paz,
porque por ti, Altísimo, coronados serán.*

— *Loado seas, mi Señor...*

BIENAVENTURANZAS DE LA ECOLOGÍA

• Felices quienes rebosan en su corazón de amor por la madre Tierra y la cuidan con ternura, ya que saben que sus recursos son limitados, y que solo entre todos podremos ayudar a que se regeneren.

— Felices quienes en su vida diaria reciclan, reutilizan y a la vez rechazan la propaganda que les invita a comprar todo lo que se les propone.

• Felices quienes sienten que todos los seres humanos, animales, plantas, ríos, mares... tienen un destino común que no debemos impedir con nuestra conducta egoísta.

— Felices los que no se dejan vencer por el pesimismo y buscan siempre soluciones a los distintos problemas ecológicos mediante el diálogo, la búsqueda y el esfuerzo creativo.

• Felices quienes han comprendido que vivir una vida sencilla en todos los sentidos es entrar en la senda de la sabiduría.

— Felices quienes embellecen con sus gestos, sus detalles, sus palabras y su sonrisa el entorno en el que se mueven, porque sembrarán cordialidad, confianza y alegría.

• Felices quienes, para vivir una sana y verdadera ecología, combinan la solidaridad con la amistad, la belleza con la gratuidad, el trabajo por mejorar el mundo con una mística encarnada en sus vidas.

— Felices quienes se dejan sorprender e interpelar por las opiniones de los más pequeños, pobres y excluidos, porque posiblemente les ofrezcan las mejores soluciones ante la crisis ecológica y humana que vivimos.